



# Una apuesta ética

PIERRE SCHORI, DIRECTOR DE FRIDE Y EX MINISTRO DE COOPERACIÓN DE SUECIA

**E**n Estocolmo, mi ciudad natal, La Mano, una impresionante escultura, recuerda que “un tercio de los 500 suecos que lucharon por la democracia en España, entre 1936 y 1938, murió.” Cada vez queda menos gente en mi país que vivió aquella terrible época. Sin embargo, recuerdo el día en que, hace 35 años, conocí a dos jóvenes sevillanos que habían venido a Suecia para conocer nuestro sistema educativo y nuestros sindicatos. Por primera vez en el extranjero, aquellos muchachos no utilizaron sus nombres de guerra, sino los verdaderos: Felipe González y Alfonso Guerra.

Entonces, nuestra atención se centraba en las dictaduras de Europa del Este, aunque algunos mirábamos de reojo lo que ocurría en Portugal, Grecia y España. Casi enseguida, pudimos presenciar la transición a la democracia en esos tres países. Necesitamos, sin embargo, una década más para ver caer el Muro de Berlín y el imperio soviético.

**A**sí que, hace más de tres décadas que asigo con pasión lo que ocurre en España. He podido comprobar cómo este país pasaba de la dictadura a la democracia, del aislamiento a la integración, del desarrollismo a la prosperidad, de la emigración a la inmigración, de receptor de ayuda a donante. Una evolución admirable, por la manera y el tiempo en que se ha llevado a cabo. Hoy, España es la octava economía mundial y está a la vanguardia en reformas sociales, ha doblado su ayuda oficial al desarrollo y ha demostrado que la solidaridad y el progreso económico no son incompatibles y que la inmigración es un factor importante para el empleo y el crecimiento.

Los españoles, independientemente de su condición social o de su ideología, pueden sentirse orgullosos de lo conseguido. Un logro internacionalmente reconocido y que, seguramente, ha ayudado a que cada vez más hombres y mujeres de este país ocupen puestos en la escena internacional. Se me ocurren los ejemplos recientes de Javier Solana, Joaquín Almunia, Ana Palacio y del nuevo presidente del Grupo de Reflexión sobre el futuro de Europa, Felipe González.

España también comienza a ser valorada internacionalmente por su apuesta ética. Recuerdo cuando en septiembre de 2004, siendo embajador de Suecia en la ONU, escuché al presidente Zapatero decir ante la Asamblea General: “Treinta años resistiendo al terrorismo nos han enseñado que el mayor riesgo de una

victoria de los terroristas se produce cuando para luchar contra el terror la democracia traiciona su propia esencia [...] Eso es lo que ha aprendido mi pueblo: que es con la legalidad, la democracia y la política como somos más fuertes y ellos más débiles”. Además, Zapatero aprovechó su visita a Nueva York para anunciar la iniciativa de la Alianza de Civilizaciones.

Pero, ¿cuál debe ser el rol de España y, por extensión, de la UE en este mundo tan rápidamente cambiante?

La UE, cada vez más ampliada al Este y con Turquía a las puertas, afirma su posición ante Estados Unidos, ya no tan fuerte, y Rusia, en proceso de recuperación. Sin embargo, emergen nuevos actores, como China, India, Brasil, Sudáfrica y los Estados del Golfo, y nuevas alianzas, como la Organización de Cooperación de Shangai, e IBSA. Nuevos actores embebidos en procesos (errores incluidos) muy similares a los que experimentamos nosotros hace

cien años. Por eso, los europeos debemos apostar por la cooperación y no por la feroz competencia nacional o regional.

El problema es que el sistema multilateral todavía tiene que adaptarse a las nuevas circunstancias. Hay que poner fin al reparto del Banco Mundial y del FMI entre EEUU y Europa. Es necesaria una ampliación del Consejo de Seguridad, como primer paso de una reforma profunda de la ONU, basada en un consenso sobre reglas globales, legítimas y sostenibles. En caso contrario, perderemos todos.

**H**emos visto en Afganistán e Irak que los cambios por la fuerza no solucionan ningún problema. Hay que apostar por el multilateralismo, por la legalidad

internacional, el Estado de derecho y los derechos humanos para alcanzar la paz y un desarrollo sostenible. Somos testigos del sufrimiento humano, la miseria, los desastres y los conflictos de la cara oculta de la globalización. Tenemos los instrumentos y los recursos para remediar y prevenir esta situación, asegurando la dignidad de las personas y el progreso. Sin embargo, fallamos a la hora de cumplir con nuestro deber y pasar de las palabras a la acción.

España viene demostrando en los últimos años que tiene capacidad, recursos y voluntad de empujar en esa dirección. Confío que la apuesta se confirme. Al fin y al cabo, todos compartimos un mismo futuro en este planeta.



**España ha demostrado que la solidaridad y el progreso económico son compatibles**